

Letras

ANDRÉS BELLO EN LOS ESCRITOS DE MENÉNDEZ PELAYO

Nos permitimos reproducir una pequeña parte del trabajo que con este título fué leído por nuestro Director en el acto de su incorporación como miembro de número de la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Española.

A quien conozca un poco la personalidad del insigne maestro santanderino Don Marcelino Menéndez y Pelayo, no podrá menos de parecerle de sumo interés el saber cómo pensó y cómo escribió de nuestro Bello.

Porque citar en materias literarias el nombre y los juicios críticos de M. P. es algo muy diverso, y de grado muy superior a lo que significaría citar a otros escritores y críticos que, aunque de innegables méritos, y de bien logrado prestigio, no podrían jamás parangonarse con el portentoso y casi diríamos sobrehumano talento del sabio catedrático de la Central de Madrid.

Puede afirmarse, —y así se ha hecho por quienes tienen autoridad para ello—, que la sola personalidad y la extensa cuanto sólida obra literaria de M. P. bastan a llenar un período de la historia de la cultura española, que se iluminó plenamente en los claros fulgores de su talento extraordinario, puesto todo él, con toda voluntad e intención al servicio de esa misma cultura.

Desdichadamente en nuestro medio, salvo para un reducido número de hombres de amplia y generosa formación intelectual, el nombre y la obra de M. P. son conocidos tan imperfecta y fragmentariamente, que no es de extrañar el escaso aprecio que se le ha demostrado.

Y estábamos por decir que casi se le conoce más entre algunas personas por los pocos pasajes y frases criticables u objetables que en su obra pueden señalarse referentes a la historia y a las letras hispanoamericanas, que por los perennes e innegables aciertos en su estudio de la literatura de este Continente.

Creemos muy posible que entre nuestros jóvenes estudiantes de muchas ge-

neraciones, el conocimiento que han tenido de M. P. y de su obra fuera sólo a través de lecturas de segunda mano, como pudieran ser las páginas de algunos respetables escritores, que sin carecer de algún punto de razón, fincaron lanzas contra M. P. para combatirlo y refutarle en aquello que tenía muy secundaria importancia en el campo literario, como eran ciertas afirmaciones o apreciaciones respecto de la conducta independentista y patriótica de los hispanoamericanos.

Bien se deja entender que era cosa casi imposible que un temperamento como el de M. P. tan intensamente apasionado por las glorias de su gloriosísima patria España, no sintiese acá y allá momentos de razonable rebeldía y hasta de exaltación contra determinados personajes o hechos de la independencia de las colonias españolas de América.

Pero juzgando las cosas ahora, a distancia de algunos años, es fácil comprender que el reaccionar de aquella manera era algo natural y normal. En tiempo de M. P. la emancipación de las colonias españolas era un hecho todavía algo reciente, pues si se mira el tamaño y trascendencia de aquel movimiento, y lo que significó en la historia moderna de dos continentes, se comprenderá que cincuenta o sesenta años transcurridos hasta la época en que escribe M. P., eran lapso muy breve.

Más aún: todavía la independencia de esas colonias estaba sin completarse. Todavía en Cuba y Puerto Rico (como en Filipinas) ondeaba el pabellón gualdirrojo de la monarquía española, pero sin embargo, ya estaban sintiéndose las fuertes y frecuentes convulsiones que indicaban el próximo desprendimiento tam-

bién de aquel resto de territorios del viejo imperio hispánico que iba a desaparecer antes de terminar el siglo XIX. En circunstancias tales, el escaso dominio que aún ejercía España en esas colonias, más que motivo de satisfacción o alegría, era para los buenos y sensibles españoles ocasión de continua preocupación y amargura.

Nada extraño era, por tanto, que el tema de la independencia hispanoamericana afectase a veces muy sensiblemente el pulso de M. P., y que así brotaran incidentalmente de su pluma expresiones y juicios que habían de sonar muy áspero en oídos americanos, y que serían por acá respondidos en términos de no menor aspereza.

Más debe igualmente advertirse, que asimismo, de parte de los escritores de aquende el Atlántico existía una actitud de hipersensible rechazo de todo lo que significara crítica o menor aprecio de los hombres y de los hechos de nuestra independencia.

Los escritores de esos finales del siglo diecinueve, eran vástagos todavía muy cercanamente brotados del tronco del viejo procerato libertador. Sus héroes y sus glorias eran para ellos de integridad y pureza absoluta, sin posible mácula ni error. No era aún llegada la oportunidad de que se alzara una voz que señalase posibles o reales y manifiestos lunares. Y quien algo de esto dijera, tenía forzosamente que arrostrar toda la exaltada, pero explicable, reacción de quienes juzgaban un deber de Patria salir al encuentro de los detractores de las glorias nacionales. Y si el atrevido era un español, calcúlese, si es posible, el grado de dramática indignación con que se le respondería.

Más, aun supuestas esas comprensibles circunstancias, ha sido muy de lamentarse que durante años la personalidad y la obra de M. P. se hayan conocido por algunos de nuestros estudiosos de las bellas letras, solamente quizás, a través de las expresiones y comentarios que con manifiesta aunque explicable injusticia, estamparon determinados autores en obras que han sido de frecuente manejo en el campo de nuestra historia literaria.

Añádase al hecho de estas críticas adversas, la falta tal vez de conocimiento directo de las obras del sabio polígrafo español, de cuyo contenido se sabría lo que más o menos compendiosamente referían algunas historias generales de la literatura, en las que de ordinario se ha solido dar más importancia al estudio de los poetas y novelistas, que al

de los prosistas de crítica e historia, y se tendrá otra razón de por qué no ha gozado M. P. entre nosotros de aquel elevadísimo y casi exclusivo grado de aprecio que debe situarlo, como es de justicia, muy por encima de los demás historiadores y críticos de la literatura española, al menos durante los últimos años del siglo pasado y primeros del presente.

No es ninguna hipérbole que implique parcialización o pasión personalista, afirmar que ninguno de los numerosos y afamados escritores que durante ese lapso ejercieron la crítica histórico-literaria en las letras españolas, ha dejado una obra que ni por la calidad, ni por la vasta erudición, pueda ponerse al lado de la asombrosa producción de M. P. Todos ellos son en verdad "dii minores", junto a M. P. cuya figura se alza con exclusiva majestad de sabio y de maestro.

Su extraordinaria capacidad de trabajo, su talento clarísimo, su erudición profunda y agotadora de cuantos temas aborda, su dominio señorial del fondo y de la forma, y su exquisito gusto literario, son cualidades que entrañamente suelen hallarse juntas y en grado sobresaliente en un mismo individuo; y porque M. P. sobresalió prodigiosamente en todas ellas, por eso descuella con talla excepcional en las letras y la ciencia española. Y esto en un período en el que precisamente en el campo de la crítica literaria alcanzaron notable renombre no pocos escritores españoles.

No era, pues, de extrañar, que aun sin él pretenderlo, su personalidad se impusiese prestigiosamente entre sus congéneres y coetáneos, y aun entre aquellos de ideología y tendencias contrarias a las suyas; que entre los escritores y profesores mayores que él y de gran prestigio, se le rindiera admiración y respeto; y que cuantos fueron sus discípulos directos, bajo su personal enseñanza, o indirectos porque se formaron en la lectura y estudio de su obra, todos unánimemente en gesto de espontánea justicia y cálida admiración lo hayan venido llamando con el título antonomástico de "el Maestro".

Hemos creído necesario recordar estos aspectos importantes de la personalidad de M. P. para que así se aprecie mejor su autoridad en la materia que ahora nos ocupa; y para que de esta manera quede también justificado el interés que nos movió a elegir dicha materia para el presente acto.

Hicimos referencia, algo más atrás, a lo explicable que eran algunas frases y

juicios duros que M. P. dejó caer a lo largo de sus páginas de literatura hispanoamericana, al referirse a personas y hechos de la independencia de este Continente.

Pero hagamos constar que tal cosa ocurre esporádica e incidentalmente. Y de ordinario esas frases o juicios brotan como respuesta forzosa a aquellos pasajes en los que algún escritor de Hispanoamérica se hubiera expresado en tono exaltadamente patriótico, y por lo mismo menos artístico, con evidente perjuicio de su obra literaria.

Además, sumadas todas esas frases o juicios, representan algo muy secundario en el conjunto de la obra de M. P. Y ciertamente no son cosa como para que en su refutación se gasten extensas párrafadas, y menos aún para deducir conclusiones que puedan crear una impresión de desprestigio o menos aprecio hacia un trabajo de tan positivos e innegables méritos como el que en su tiempo realizó M. P. para honor y prestigio de nuestras literaturas.

Y es que debemos reconocer, sin prejuicios injustos, y hay que decirlo muy alto, sin temor de ser uno desmentido, que todavía en la hora presente las páginas de crítica literaria que M. P. consagró a la literatura hispanoamericana, en particular en su rama de la poesía hasta fines del siglo XIX, son en conjunto lo más completo y equilibrado que en esta materia poseemos.

Adviértase que es un trabajo que lleva ya medio siglo de publicado; que se hizo con medios de trabajo relativamente escasos y a veces muy pobres, y sin el contacto personal y directo del autor con el medio y demás circunstancias tan convenientes para lograr una más acertada interpretación de obras y autores. Y sin embargo, ahí está firme, granítica, serena, esa admirable 'Historia de la poesía hispanoamericana'.

Con el desarrollo de la investigación y de la crítica en nuestra América, han podido, en años recientes, completarse datos de erudición biográfica o bibliográfica; han podido iluminarse con nueva luz aspectos parciales de la obra de unos u otros autores; en diversas repúblicas ha habido notabilísimos escritores que han compuesto amplios y completísimos trabajos de historia y de crítica literaria de sus propios países, o generales de todo hispanoamérica; y sin embargo, lo que escribió M. P. no ha envejecido, no ha pasado, no ha tenido que ser arrinconado al depósito de materiales de mera cita bibliográfica de erudición.

Antes al contrario: su obra es filón siempre abundoso y actual. Sobre ciertos autores y producciones literarias, no ha habido nada sustancial que añadir en años recientes. M. P. lo estudio todo a fondo, dijo la última palabra, —como dijo también a veces la primera—; y a lo que él dejó escrito hay que acudir cuando se quiere hablar con pleno conocimiento de causa. Se podrá no estar de acuerdo con sus apreciaciones subjetivas o parciales, en tildes de gusto personal, o en interpretaciones que no se adapten a ciertas teorías modernísimas de crítica estética. Pero nada de eso puede ir en detrimento de su trabajo.

Y en cambio, cuántas cosas no sacó a luz, que eran desconocidas aun para quienes en hispanoamérica tenían autoridad en materias literarias! Cuánto dato precioso y preciso, o nuevo, o aclarado, en materia de bibliografía nuestra; que M. P. guardaba cariñosamente entre sus notas y libros, y que hoy conocemos gracias a su acuciosa e infatigable búsqueda de cuanto se relacionaba con sus estudios literarios. Así se explica que escribiese con tanta precisión y erudición los capítulos de la ya mencionada Historia de la poesía hispanoamericana.

Pero acerca de la composición de obra que tanto nos interesa y nos honra, —y a la que por desdicha entre nosotros, tal vez no le hemos dado toda la importancia que merece—, queremos ofrecer, aunque sea a título de divulgación, algunos datos de sumo interés que el más moderno y autorizado biógrafo de M. P., y discípulo suyo predilecto, ha dado a conocer para gusto de quienes admiramos la obra del ilustre Maestro. (1).

Andaba M. P. bien atareado con la publicación y preparación de varias de sus importantes obras, y alguna por encargo de la Real Academia Española, como era la edición de las obras de Lope de Vega con magistrales prólogos, cuando la misma Academia lo designó para preparar un trabajo con el que esa honorable institución se sumaría en 1892 a los festejos solemnísimos del IV Centenario del descubrimiento de América.

Deseando la Real Academia que aquel centenario no se quedase en meros discursos y recepciones diplomáticas, decidió publicar como homenaje duradero, en ho-

(1) La vida y la obra de Menéndez Pelayo, por Miguel Artigas, de la Real Academia Española, Director de la Biblioteca Nacional. Zaragoza, Editorial Heraldo de Aragón, 1939, 199 pp.

nor de los países hispanoamericanos, una Antología de los poetas de este Continente. Era además necesario acompañar la sección correspondiente a los poetas de cada República, con una introducción histórico-crítica. No hubo de pensarse mucho para comprender al punto, que ningún académico tenía ni la preparación, ni la capacidad de M. P., para que en tiempo relativamente breve realizase un trabajo tan acabado y tan digno como para ser presentado en aquella fausta ocasión, por una corporación tan ilustre como la Real Academia Española.

Depuesta toda excusa o preocupación a causa de los otros trabajos que por entonces lo embargaban, M. P. aceptó complacido el encargo. Sólo a él, en realidad, podía resultarle agradable aquel trabajo, sin duda por el cariño verdadero que profesaba a las cosas de hispanoamérica; pues por lo demás la empresa había de presentársele más ardua y quizás hasta desalentadora de lo que hoy podemos imaginar.

La razón para esta última afirmación es clara. En efecto: "Desde los tiempos de la Conquista, — dice atinadamente el biógrafo antes citado—, en casi todas las repúblicas hispano-americanas se había ido desarrollando un literatura abundante, una poesía tropical y excesiva a la que en España apenas si se le prestaba atención. Penetrar en aquella manigua, coordinar y hacer transitables aquellos campos poéticos, echar los fundamentos de su estudio regular y científico, parecía y era labor difícil y más para quien, como él, se ocupaba de las edades media y clásica de nuestras letras. Sin embargo, para el año 1893, aparecieron los dos primeros volúmenes en que se juzgan y estudian los poetas de México y de la América Central, los de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela." "En los dos años siguientes se publican otros dos tomos, que comprenden los poetas de las demás repúblicas: Colombia, Ecuador, Bolivia, Chile, Argentina y Uruguay".

Y en seguida de estos datos, leemos algo que habla muy a favor de la Antología y de su sabio autor, pues nos dice el biógrafo que "Don Marcelino sentía por este libro cariño especial y creía que era la mejor escrita, aunque fuera la menos leída, de sus obras" (2).

El propio M. P. en las "Advertencias generales" que a manera de prólogo puso al frente de su trabajo, quiso dejar

constancia de la honradez y sinceridad con que había precedido en orden a que su esfuerzo resultase realmente objetivo y ajustado a la verdad. "Hemos procurado, —dice—, fortalecer e ilustrar nuestro juicio con el de los varones doctos de las diversas regiones americanas, ya por comunicación directa, ya en sus libros y estudios de crítica, y si alguna vez erramos será de buena fe, por deficiencia de noticias o de gusto, nunca por perversión a malignidad de la voluntad, ni por celo patriótico indiscreto y mal encaminado" (3).

Tratándose de una obra que abarcaba tan extenso período a la par que tan varias regiones, constituidas ya en diversas repúblicas, bien se comprende que en el estudio de tan numerosos autores y sobre todo en la selección de las poesías, fué necesario condensar la calidad, dentro de límites relativamente breves; y esto en conformidad con las normas que la misma Real Academia Española había señalado. Bien previó el Maestro el efecto que sin duda habría de producir en el ánimo de algunos este proceder; y por eso se adelantó a estampar estas discretas frases de advertencia: "Habrá en nuestro trabajo errores y omisiones, y no faltará de seguro quien por ellas nos zahiera y maltrate, pero no todas se nos deben poner en cuenta. Cualquiera puede ser erudito profundo en las cosas de su propia casa. Los libros americanos escasean notablemente en Europa, y muchos quizás de los más importantes, faltan no sólo en nuestra biblioteca particular, sino en la de la Academia Española, en la Nacional de Madrid y en otros depósitos públicos. La guerra trajo un período de incomunicación literaria que no ha cesado hasta nuestros días, y de aquí que por lo tocante a libros americanos, los más conocidos en España sean los muy antiguos o los muy modernos" (4).

Una vez publicados los cuatro tomos de la obra, M. P. no la perdió de vista, ni abandonó su interés en el acopio de nuevos materiales que la mantuviesen siempre de actualidad. Y así, cuando el año 1910 se decidió a hacer una edición por separado, en dos tomos, de solas las

(Pasa a la pág. 474)

(3) Historia de la poesía hispanoamericana, por el Doctor Don Marcelino Menéndez y Pelayo, Director de la Real Academia de la Historia. Tomo I, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911, 417 pp.

(4) Cfr. Menéndez y Pelayo, Op. cit., pp. 18-19.

(2) Cfr. Artigas, Op. cit., pp. 116-117

conveniencia de crear también en Caracas un Instituto de alta cultura social católica.

A la edad de 79 años murió en Caracas, el General Régulo Leonidas Olivares Anselmi, militar y político de larga trayectoria. Llegó a Coronel en la época del General Crespo y ganó sus galones de General en Acciones de Guerra resultando herido de bala al enfrentarse a las fuerzas del mocho Hernández y el Caribe Vidal en Tacarigua de la Laguna. En la época de Gómez se exiló volunta-

riamente con su familia, regresando al País en la época de López Contreras quien lo encargó de la Presidencia del Estado Zulia y del Ministerio de Relaciones Interiores. El año 46, fué nombrado Contralor General de la Nación. Murió pobre, dentro de la misma modestia que lo caracterizó en vida.

El 29 de octubre falleció en Caracas el Dr. Ciro Vázquez prominente ingeniero, Académico de Ciencias Físicas y Matemáticas, Profesor de la Universidad Central, y Miembro de numerosas sociedades Nacionales y Extranjeras.

Andrés Bello en los escritos de . . . (Viene de la página 466)

introducciones o estudios críticos que acompañaban en la 'Antología' a las poesías de cada nación, hizo constar, que para esa nueva edición se había visto obligado a revisar escrupulosamente todo lo anteriormente escrito, añadiendo bastantes noticias y rectificando algún juicio, debido todo ello a que en el transcurso de esos pocos años, habían aparecido varias obras importantes de bibliografía, biografía e historia literaria, así como nuevas ediciones de algunos poetas antes inéditos o no conocidos en su integridad (5).

Así estaba de encariñado con su trabajo, y así lo cuidaba y revisaba, y quería conservarlo en su mayor perfección.

Se lamentaba, sin embargo, de dos cosas. La primera, de que al menos en España, sea esta obra la menos conocida de todas las suyas. Y la segunda, de que en cambio en América, donde sí ha sido más leída, no siempre se la ha juzgado rectamente. A propósito de lo cual, escribe estas sinceras al par que serenas palabras: 'Quien la examine con desapasionado criterio, reconocerá que fué escrita con celo de la verdad, con amor al arte, y sin ninguna preocupación contra los pueblos americanos, cuya prosperidad deseo casi tanto como la de mi patria, porque al fin son carne de nuestra y huesos de nuestros huesos. No soy yo; es la Historia quien suscita a veces desagradables recuerdos. Pero no creo que los ilustres varones, de espíritu verdaderamente científico, que no faltan en América, han de mirar con ceño la simpatía

razonada y libre de un español que nunca se avergonzó de serlo ni procuró captar con interesadas adulaciones la benevolencia de los extraños' (6).

Y por lo que se refiere a la competencia e integridad de su juicio crítico literario, el mismo biógrafo citado más atrás, asienta con razón, que: 'Su tino, su imparcialidad, su independencia de juicio resplandece en estas páginas', y que 'su amplitud de criterio artístico, la flexibilidad de su genio estético, sabe encontrar el oro donde existe y sabe beneficiar sus criaderos sin entretenerse demasiado en las escorias'. Y concluye: 'Su sentido de la crítica se manifestó aquí como en ninguno de sus trabajos. Criticar no era para él, como para muchos, zaherir, sino valorar, adivinar y dirigir' (7).

Nótese bien esa frase: su sentido de la crítica se manifestó aquí como en ninguno de sus trabajos. Porque, a la letra, quiere esto decir, que ni en las inmortales páginas que con tanto acierto como arte escribió M. P. sobre Cervantes, o Lope de Vega o Calderón, o sobre su entrañable amigo y paisano de la tierra chica, el admirable novelista montañés Pereda, en ninguno de esos u otros casos rayó tan alto su eximia destreza en el arte de la crítica literaria, como cuando la ejerció en la historia de la poesía hispanoamericana. Tal vez, sintiéndose consciente de esto mismo era por lo que el propio M. P. consideraba esta Historia, —según el testimonio ya antes citado—, como su mejor obra.

(5) Cfr. *Ibidem*, p. X.

(6) Cfr. *Id.*, *id.*

(7) Cfr. *Ibidem*, p. 118.